



José María Ridaó

Filosofía accidental

Galaxia Gutenberg

JOSÉ MARÍA RIDAO

Filosofía accidental

Ensayos sobre el hombre
y el Absoluto

V Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre

Galaxia Gutenberg



Un jurado compuesto por Tzvetan Todorov, Wolf Lepenies, Enrique Vila-Matas, Jordi Llovet y Tomàs Nofre concedió a esta obra el V Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre, que convocan la Fundació Palau y Galaxia Gutenberg.

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2015

© José María Ridaó, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B 26113-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-28-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La exégesis sepultó al texto.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Metéle, O'Donell.

ANÓNIMO

La banalidad no se denuncia, la banalidad se desmiente arriesgándose a acometer una ambición que no sea banal. Denunciar la banalidad es incurrir en un segundo grado de la banalidad, el grado de la banalidad que denuncia la banalidad. Este segundo grado de la banalidad está a su vez condenado a la banalidad, sobre la que tarde o temprano recaerá una nueva denuncia. El diagnóstico que proporciona la denuncia de la banalidad no evita que la banalidad siga siendo banalidad, lo mismo en el segundo grado que en cualquiera de los grados sucesivos. Cada nueva denuncia de la banalidad condena como banalidad una denuncia anterior.

La idea de que a través de un diagnóstico que se resume en la denuncia de la banalidad el hombre puede liberarse de la banalidad es un espejismo, porque al denunciar la banalidad, la banalidad se ratifica. Más denuncia el hombre la banalidad y más la ratifica, enfrentándose a la misma impotencia que los actores que provocan la hilaridad del público cuando más desesperadamente le advierten de que hay fuego en el teatro. Esa impotencia puede llevar a aceptar que el hombre está condenado a la banalidad. Pero también puede llevar a creer que, más allá de la banalidad que se denuncia, debe de existir un porqué que dé cuenta del universo, una idea profunda que revele el indescifrable sentido de la existencia, una incontestable sabiduría que fortalecerá el libre albedrío, que se alcanzará a través de la denuncia de la banalidad. Pero esta forma de señalar hacia lo que debe de existir más allá de la banalidad sólo garantiza que el hombre

no pueda escapar de la banalidad, porque no es más allá de la banalidad, no es, en definitiva, más allá en cuanto que inalcanzable más allá, donde el hombre debe mirar, porque el inalcanzable más allá es el reino del Absoluto.

Una ambición que no sea banal es a fin de cuentas una ambición, en la que se puede fracasar como al acometer cualquier otra ambición. Pero, a diferencia de la denuncia de la banalidad, el fracaso al acometer una ambición que no sea banal no ratifica la banalidad. La denuncia de la banalidad, en cambio, no se expone a ningún fracaso, pero por eso mismo ratifica la banalidad. Tampoco proporciona ningún diagnóstico, salvo que por diagnóstico se entienda la banalidad de denunciar la banalidad, sabiendo que esa denuncia será a su vez denunciada. Por temor al fracaso acometiendo una ambición que no sea banal, estos tiempos, al igual que otros tiempos del pasado, al igual, quién sabe, que todos los tiempos, prefieren entender como diagnóstico la banalidad de denunciar la banalidad. Es como si, en ellos, el hombre se hubiera resignado a convertir en espectáculo la advertencia de que hay fuego en el teatro. Lo hay y los actores lo saben y también lo saben los espectadores, y aun sabiéndolo, unos y otros se muestran dispuestos a cumplir el papel que exige el espectáculo en lugar de tomar conciencia de que es hacia ellos mismos hacia donde deben mirar. Los actores cumplen el papel de advertir que hay fuego en el teatro para provocar hilaridad, y los espectadores, el de tomar con hilaridad la advertencia de que hay fuego en el teatro. El éxito del espectáculo está garantizado, pero también el fuego.

Por temor al fuego, estas páginas acometen una ambición que no quiere ser banal.

París, 27 de junio de 2014

PRIMERA PARTE

El Absoluto

El Absoluto y la verdad

El clamor de victoria con el que el hombre celebra el hallazgo de la verdad es la única verdad que permanece, porque el clamor de la victoria es a fin de cuentas la única verdad. La verdad que se busca y que regularmente se declara averiguada es tan efímera al trasluz de los siglos como los monarcas ordenados según el linaje de cifras romanas de una dinastía, que se mantienen en el trono uncido a la rueda del tiempo mientras la frágil biología del hombre les acompaña y las buenas cosechas arrullan el sueño del coloso de la revuelta, absteniéndose de saciar la voracidad de la historia con la carnaza tautológica de una fecha histórica. Que quede claro cuanto antes: la búsqueda no es búsqueda, es farsa. La farsa que Nietzsche ilustra a través de la imagen del hombre que esconde algo en una zarza y, a continuación, se pone a buscarlo para declararlo verdad cuando lo encuentra. La farsa, la metáfora de la búsqueda de la verdad seduce a partir de un artificio exuberante, pero del mismo modo que otros artificios igualmente vistosos como comparar a Dios con un motor, los acontecimientos del pasado con las páginas de un libro o la eternidad con las arenas de una playa donde cada grano es un milenio, sirve al propósito de atraer la atención hacia el envoltorio metafórico mientras se manobra con la sustancia metaforizada, ocultándola bajo las apariencias.

La sustancia metaforizada que la metáfora de la búsqueda de la verdad oculta no es el universo a oscuras donde el hombre palpa el vacío a la espera de realizar

el prodigio de reconocer la verdad en algo que previamente no conoce, sino la categórica afirmación de que la verdad no es inmediatamente accesible al hombre. La verdad, sostiene la sustancia metaforizada de la metáfora, reclama alguna credencial, y la búsqueda, que como credencial no es menos arbitraria que la niñez, la ebriedad, la flagelación, el ascetismo o la locura, presenta, sin embargo, la incomparable ventaja de sobrevolar todos los significados sin comprometerse con ninguno. La mayéutica de Sócrates es búsqueda; el silencio cisterciense es búsqueda; la algarabía que provoca el *tarub* en las medinas laberínticas del Magreb es búsqueda; el método inductivo es búsqueda; el método deductivo es búsqueda; el psicoanálisis es búsqueda; incluso el arte es búsqueda también. La seducción que ejerce la metáfora de la búsqueda de la verdad distrae al hombre con el envoltorio metafórico, empujándolo por el camino sin término de discernir entre las distintas formas de búsqueda después de establecer que la verdad es una, sólo una, y el error múltiple. Más que ilustrar la categórica afirmación de que la verdad no es inmediatamente accesible al hombre, la metáfora de la búsqueda de la verdad la consagra como principio: desde el momento en que, seducido por el artificio exuberante de la metáfora, el hombre se dispone a buscar la verdad, el acceso a la verdad deja de ser inmediato, y entonces comienza una búsqueda literal de la verdad que obedece, no a que la verdad esté escondida, sino a que previamente el hombre ha emprendido una búsqueda metafórica de la verdad, seducido por el artificio exuberante de la metáfora. Los términos del conocimiento se invierten y, al invertirse, se precipitan en una circularidad sin escapatoria: si el hombre, que no conoce la verdad, la busca, no es porque esté escondida, sino que está escondida porque la busca, de modo que, cuando la encuentra, la certeza de que ésa sea la verdad, ésa y no otra, se desvanece, y la búsqueda debe recomenzar.

La circularidad sin escapatoria a la que conduce la metáfora de la búsqueda de la verdad quedaría conjurada si, en lugar de imaginar que busca la verdad, el hombre tomase conciencia de que lucha por ella, rechazando adherencias simbólicas. A diferencia de la búsqueda, que se relaciona con un desenlace único a través de un sujeto también único, que alcanzará o no la recompensa del descubrimiento, la lucha se relaciona con dos desenlaces alternativos y simultáneos a través de dos sujetos distintos, uno que se alza con la victoria y otro que padece la derrota. La búsqueda de la verdad y la lucha por la verdad coinciden en sugerir que la verdad no es inmediatamente accesible para el hombre; difieren, sin embargo, en la consideración implícita de la naturaleza de los obstáculos que se interponen entre el hombre y la verdad. Los obstáculos que debe sortear el hombre si ajusta su acción a la metáfora de la búsqueda de la verdad pertenecen al orden de los objetos y los fenómenos, a menudo son inertes y no responden a ninguna voluntad, salvo, si acaso, a la de un Dios creador. La verdad que se busca en la metáfora de la búsqueda de la verdad se limita a estar, yace en algún lugar recóndito del infinito y heterogéneo universo agazapada como un animal receloso en la oscuridad, emitiendo constantes señales para que no se ignore su existencia pero resistiéndose a salir de la caverna donde la hoguera de Platón hace danzar las sombras con las que el conocimiento del hombre se conforma. Para esta verdad la diferencia entre la plegaria y el experimento se difumina, confundidos con ritos distintos de distintos credos. Si la plegaria es grata a Dios, el soldado regresará de la guerra, concebirá la mujer estéril o el cielo verterá la lluvia sobre los campos sedientos. Si el experimento encuentra la verdad en su guarida, la pluma y la llave lanzadas desde el campanario alcanzarán el suelo al mismo tiempo, la luna eclipsará al sol alineándose con la tierra y la trayectoria de la luz se curvará en las proximidades de la masa. En cada

caso, el hombre comparece interrogando ante el altar de la fe o ante el de la experiencia, y la verdad que se busca en la metáfora de la búsqueda de la verdad le en-
vía señales.

Los obstáculos que debe sortear la verdad que proporciona la lucha por la verdad no pertenecen al orden de los objetos y los fenómenos sino al hombre, no yacen inertes sino que se interponen, y responden a la voluntad, a cualquier voluntad, excepto a la de un Dios creador, que, por ser único, por ser omnipotente, no admite resistencia ni contradicción. Puesto que la búsqueda de la verdad es una metáfora que ha hecho fortuna hasta el punto de redefinir la noción de verdad y la de búsqueda, convenciendo al hombre de que pertrechado de un farol y poniéndose en camino puede reconocer lo que previamente no conoce, y ver en ello la verdad, una engañosa semejanza invitaría a suponer que la lucha por la verdad también lo es. La lucha por la verdad, a diferencia de la búsqueda de la verdad, no es una metáfora ni enfrenta al hombre con los obstáculos que interpone el orden de los objetos y los fenómenos, sino al hombre con los obstáculos que interpone el hombre. La verdad de la lucha por la verdad no está oculta como la de la búsqueda de la verdad, sino que se mantiene oculta, de manera que, por su parte, la lucha de la lucha por la verdad no puede consistir en otra cosa que no sea desafiar la voluntad que la mantiene oculta. De haber sido metáfora, la lucha por la verdad habría fracasado en el intento de distinguir el envoltorio metafórico de la sustancia metaforizada, atrayendo la atención del hombre: la lucha de la lucha por la verdad es lucha literal, lo mismo que la verdad es la verdad, de tal forma que si la verdad no se conociera antes de comenzar la lucha, o hubiera duda de que lo fuese, la lucha no se entablaría.

La mentira o el disimulo no son los únicos obstáculos a los que puede enfrentarse el hombre que se lanza a

la lucha por la verdad para averiguar la verdad oculta; también una verdad puede ser el obstáculo de otra verdad, y en este caso la lucha de la lucha por la verdad adopta los rasgos de la ordalía y renuncia a los de la epopeya, donde el lenguaje narrativo se subroga desde el comienzo en el punto de vista del hombre enarbolando la verdad que lo arroja a la lucha. En la ordalía, sin embargo, el lenguaje narrativo se mantiene en la equidistante expectativa de que el desenlace de la lucha dirima qué verdad de las verdades recíproca y deliberadamente ocultas es la verdad, y qué verdad es el obstáculo. No por mantenerse en la equidistante expectativa el lenguaje narrativo se transforma en lenguaje racional, salvo que la racionalidad fuera a su vez una metáfora cuyo envoltorio metafórico exhibiese un vistoso aparato de reglas indisponible para disimular una sustancia metaforizada que se reduciría a proclamar viva quien vence. Viva quien vence es, en cualquier caso, lo que proclama la ordalía, cuyas reglas establecen que una verdad derrotada deja de ser una verdad. La sorpresa aguarda al desenlace: incluso cuando se aviene a dirimir qué verdad es la verdad mediante la ordalía, el hombre prefiere hacer suya la derrota antes que declarar derrotada la verdad por la que ha luchado.

En realidad, no faltan motivos para que lo prefiera. Si la derrota priva a la verdad de la condición de verdad, entonces el desenlace de la lucha por la verdad que se sustancia en la ordalía es concluyente, final, incontestable, definitivo. Deja de serlo si el hombre hace suya la derrota que según las reglas de la ordalía corresponde a la verdad, porque esa verdad sigue siendo una verdad por la que se puede volver a luchar en sucesivas ordalías. Que el hombre se aferre a la verdad asumiendo en la ordalía la derrota que le corresponde a la verdad expresa la firmeza de una convicción, y suscita la admiración que se niega, sin embargo, a quien sólo respeta las reglas mientras le son favorables; la otra cara, la cara

que permanece en la oscuridad, deja constancia de cómo en la ordalía el hombre acepta sacrificar la libertad, encadenándose a sus actos. Cuanto más graves son los actos, más se encadena a ellos el hombre, en una sostenida progresión que queda a merced de la fatalidad cuando, en la ordalía, defender la verdad exige infligir sufrimiento, provocar devastación. Infligir sufrimiento, provocar devastación, para defender la verdad sacraliza la verdad; sacralizar la verdad significa que el hombre queda privado de la libertad para reconocer que la verdad por la que luchó en la ordalía no era verdad o era tan sólo una verdad. La derrota en la ordalía, entonces, no es que sea del hombre y no de la verdad porque así lo prefiera el hombre, sino que debe ser inexorablemente del hombre y no de la verdad porque aceptar que la derrota sea de la verdad, y que la verdad, por derrotada, deje de ser verdad, significa aceptar que el sufrimiento y la devastación que ha perpetrado el hombre para defenderla en la ordalía carece de descargo. El hombre íntegro se revela entonces como fanático, el humilde como soberbio, el justo como asesino, el libertador como tirano. Luchando en la ordalía por una verdad que no era verdad infligió sufrimiento y provocó devastación; es decir, infligió sufrimiento, provocó devastación, y estaba equivocado.

El hombre que asume en la ordalía la derrota que corresponde a la verdad, evitando mediante este subterfugio que la verdad derrotada deje de ser verdad, se obliga acto seguido a sustituir el lenguaje narrativo por el lenguaje racional. El lenguaje narrativo se limita a constatar que, de acuerdo con las reglas de la ordalía, la verdad derrotada deja de ser verdad. El lenguaje racional ampara sutilezas como distinguir entre la derrota del hombre que ha luchado en la ordalía por la verdad derrotada, y la derrota de la verdad como verdad. Para dar cuenta de la derrota del hombre basta el dramático suspense de los lances por los que deambula el

lenguaje narrativo; que la verdad derrotada no deje de ser verdad, contradiciendo las reglas de la ordalía, exige, en cambio, el recurso a la geometría inexorable del lenguaje racional, con sus principios y conceptos como infatigables poleas que ponen en movimiento una rumiante maquinaria cuyas entrañas alumbran la respuesta. La verdad que no es verdad de acuerdo con el lenguaje narrativo debe apelar, mediante el lenguaje racional, a un criterio de verdad que no dependa del hombre y su fortuna en la ordalía para seguir siendo verdad. Ante la imperiosa necesidad de hallarlo, el hombre derrotado que hace suya la derrota de la verdad en la ordalía declama aproximándose al proscenio del gran teatro del universo, con o sin calavera en la mano, preguntas que resuenan con acento de patetismo o de nobleza; preguntas como dónde buscar el criterio de verdad, cómo buscarlo, e insinúa un gesto indeciso en dirección a la lejanía donde puede morar el Absoluto. Ni de patetismo ni de nobleza sería el acento de la pregunta que no se hace el hombre, y es para qué buscar el criterio de verdad cuando el desenlace de la ordalía le ha resultado desfavorable; ni de patetismo ni de nobleza porque detrás de un para qué existe siempre una íntima esperanza, que es la que el hombre que asume en la ordalía la derrota que le corresponde a la verdad prefiere mantener oculta. Esperanza que, aunque íntima, es seguramente vana: derrotado –se dice el hombre– puedo aspirar a la clemencia; derrotado y además equivocado, soy reo de la justicia del vencedor, y la clemencia que pueda obtener me obliga al vencedor y a su verdad.

El hombre que asume la derrota de la verdad derrotada en la ordalía para que la verdad siga siendo verdad, está obligado a abrazar la metáfora de la búsqueda de la verdad, desentendiéndose de la literalidad de la lucha por la verdad. Puesto que en la lucha por la verdad le ha correspondido la derrota, la metáfora de la búsqueda

de la verdad, la imperiosa necesidad de hallar un criterio de verdad distinto de la victoria o la derrota en la ordalía, inspira al hombre la autojustificación que proporciona el conocimiento. Ése y no otro es el miserable origen del conocimiento, que con el tiempo ha transitado desde la autojustificación a la cautela, desde la necesidad imperiosa de hallar un criterio de verdad que revoque una derrota a la imperiosa necesidad de hallarlo para no colocarse en situación de padecerla. Puesto que cualquier verdad que se impuso en una ordalía anterior puede ser derrotada en una nueva ordalía de la lucha por la verdad, mejor evitar la ordalía para poder seguir sosteniéndola. El conocimiento nace entonces para evitar que el criterio dependa del hombre y su fortuna en la ordalía, algo que conviene al hombre que ha defendido la verdad derrotada, porque así puede seguir defendiéndola como verdad. Pero algo que conviene, también, al hombre que ha defendido la verdad victoriosa, porque así oculta el azar bárbaro de su origen. La literalidad de la lucha por la verdad es entonces desplazada por la metáfora de la búsqueda de la verdad, de manera que el hombre derrotado pueda seguir invocando la verdad de la verdad que defendió tanto como lo hace el hombre victorioso.

Sólo que el propósito de que el criterio de verdad no dependa del hombre y su fortuna en la ordalía, el propósito de proclamar la verdad mediante el lenguaje racional y no mediante el lenguaje narrativo, provoca una transformación radical de la noción de verdad, hasta el punto de que la verdad de la búsqueda de la verdad no es la verdad de la lucha por la verdad. No se trata de verdades distintas, porque las verdades distintas sólo son concebibles en la lucha por la verdad. La verdad de la búsqueda de la verdad responde a otra definición, más próxima de una mistificación que de un concepto; responde a una subrepticia transferencia de la noción de verdad desde el ámbito en el que tiene sentido hacia

otro en el que deja de tenerlo. La verdad de la búsqueda de la verdad se quiere exterior al hombre, pero fuera del hombre es inconcebible la noción de verdad. El día y la noche no son verdad; el giro del satélite alrededor del astro no es verdad; el árbol que brota de la semilla no es verdad; el oleaje que baña los pies desnudos de los enamorados mientras caminan de la mano no es verdad; el ventanal contra el que choca el pájaro deslumbrado por el sol del atardecer y muere no es verdad. Tampoco son mentira ni tampoco son errores, porque cualquiera que sea el universo exterior al hombre, cualquiera que sea su origen y cualquiera la naturaleza a la que responda, la noción de verdad sólo es posible en relación con el hombre. Sin esta relación, el universo es. Y suponiendo que el universo sea como parece que es ante los sentidos del hombre, y que estuviera entre las capacidades del hombre conocerlo, la noción de verdad no se hallaría en el universo, sino en el conocimiento del hombre. No existe búsqueda de la verdad que no sea una interrogación que el hombre se hace a sí mismo, por más que acuda a buscar la respuesta en un tribunal sobre el que finge no tener jurisdicción. Pero si, aceptando que la verdad necesita de él tanto como del universo, el hombre se vuelve hacia sí mismo, la verdad que obtenga no será tanto el resultado de una búsqueda como el de una confesión, no tanto de un descubrimiento como de una íntima esperanza apuntando hacia una causa final que no es otra que la lucha por la verdad, que la ordalía entre verdades.

Al trasluz de los siglos, la verdad que se busca y que regularmente se declara averiguada es tan efímera, en efecto, como los monarcas ordenados según el linaje de cifras romanas de una dinastía. Lo que permanece inmune a la rueda del tiempo no es la verdad sino la dinastía, la interminable sucesión de las verdades que vencen y a continuación son derrotadas por otras verdades, que ocupan su lugar. El hombre, que asume la

derrota de la verdad derrotada en la ordalía para que la verdad por la que luchó siga siendo verdad, prefiere además no reclamar la victoria de la verdad cuando es la verdad victoriosa la que él defendió, porque sabe que esa verdad victoriosa no tardará en caer derrotada por otra verdad. En realidad, tampoco faltan motivos para que prefiera no proclamar la victoria como no faltaron para que asumiera la derrota. Reclamar la victoria de la verdad victoriosa en la ordalía impediría disfrazar la literalidad de la lucha por la verdad con la metáfora de la búsqueda de la verdad; equivaldría a reconocer sin subterfugios que el único criterio de verdad es la ordalía, con lo que se revelaría que la verdad depende del hombre y su impredecible fortuna. Una victoria no es garantía de victoria permanente, por lo que la verdad victoriosa en la ordalía estaría más segura si la ordalía no se repitiera. Por este camino se precipita el hombre en el peligro que trata de evitar, porque, para que la ordalía no se repita, para que sólo una ordalía decida para siempre, hay que relacionarla, no con la literalidad de la lucha por la verdad, sino con la metáfora de la búsqueda de la verdad. Pero, en ese caso, si se rechaza la ordalía como criterio de verdad intentando dar seguridad a la verdad victoriosa mediante un criterio de verdad independiente del hombre y su fortuna, si se señala con un gesto indeciso en dirección a la lejanía donde puede morar el Absoluto, entonces la verdad victoriosa queda en la misma situación que la verdad derrotada en la que el hombre prefiere asumir la derrota. También esta verdad va a la búsqueda de un criterio de verdad independiente del hombre y su destino, con lo que las dos verdades vuelven a quedar frente a frente sin ningún criterio de verdad que no sea la ordalía.

El clamor de victoria que celebra la verdad victoriosa en la ordalía se transforma, entonces, en la única verdad. Porque el clamor de la victoria declara qué verdad ha sido proclamada en la verdad en la ordalía, y procla-

ma, además, que la ordalía no responde a una lucha por la verdad en la que el desenlace es impredecible como impredecible es la fortuna del hombre, sino a un criterio de verdad hallado tras la extenuante, contrastada y fructífera búsqueda de la verdad.